



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 2

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie.

LA CARIDAD.

La caridad es un sentimiento que tuvo el corazón del hombre encerrado mucho tiempo sin conocerle; sentimiento que descubrió y despertó el cristianismo sacándolo de su profundo retiro, y que desarrolló de repente con aplauso de la admirada multitud; sentimiento sublime, que ha prestado á la humanidad un apoyo que no había sospechado hasta entonces, que ha determinado relaciones enteramente nuevas entre los hombres, que les ha revelado el mas hermoso privilegio de su naturaleza, y ha cambiado la faz del mundo con una revolución moral, cuyas incalculables consecuencias está muy lejos de haber alcanzado todavía. Este sentimiento, diferente de todos los demas, porque es infinitamente mas vasto y mas fecundo en sus resultados, se distingue además, por su carácter de actividad moral. Hay sentimientos que pueden habitar en el corazón y alimentarse consigo propios sin manifestarse al exterior con sus actos; no sucede lo mismo con la caridad; la acción es para ella una condición de su existencia, pues la religión cristiana ha dispuesto que no sea nada sin las obras; y su acción, siendo esencialmente moral, es decir, pródiga en beneficios y sacrificios, no se sabe si llamarla sentimiento ó virtud. De todas las obligaciones que nos impone la ley moral, la mas esencial y la mas santa es sin disputa la que constituye nuestros deberes hacia nuestros semejantes, y que nos manda trabajar por su bienestar como por el cuidado de nuestros propios intereses. Y esto, no es solamente una cuestión de sentimiento, una inspiración del corazón; es un deber rigoroso, susceptible de demostración, un orden imperioso de la conciencia, cuya voz no es otra que la de la razón aplicada á las cosas morales.

Con efecto, una vez probado que Dios ha querido el mayor bienestar para cada uno de nosotras, esto es, la satisfacción de todas las ten-

dencias de nuestra naturaleza, como ningún individuo puede por sí mismo, y entregado á sus propias fuerzas, realizar este bienestar, y que el auxilio de los que le rodean puede únicamente proporcionárselo, es evidente que estamos encargados cada uno de nosotros por nuestra parte y segun nuestros medios de contribuir al bienestar de nuestros semejantes; es una comisión que nos han impuesto, y que no podemos dispensarnos de cumplir sin crimen de infidelidad y de felonía; esta es la ejecución de la ley eterna que está confiada á nuestras manos: nosotros no somos aquí mas que los delegados del autor de la naturaleza, y aun cuando pudiéramos faltar á nuestra santa misión, su objeto no deja de ser para nosotros de la mas rigurosa obligación.

El cristianismo, para luchar dignamente contra el egoísmo lanzó al mundo el sentimiento de la caridad. Comprendió que no bastaba convencer á los hombres de que debían trabajar por el

porque apoderándose del corazón subyuga á un mismo tiempo la voluntad y la razón. Aparece el cristianismo y habla el lenguaje del corazón, predica la unión y el amor entre los hombres; á la voz de la caridad el esclavo siente que se desprende de los hierros que le oprimían, la sangre que corre causa mas horror, y cesa de regocijarse una multitud hambrienta de espectáculos sangrientos; se aproximan las distancias sociales, un vínculo de afección une al servidor y al amo, la beneficencia se abre un tránsito en el corazón del rico, y los pobres llegan á ser un objeto de atención y de solicitud. La sociedad echa una mirada compasiva sobre estos miembros aflijidos, y funda asilos para la indigencia que sufre; asegura el porvenir del guerrero mutilado en el combate; recoge al niño abandonado, le vigila en el momento de nacer, y aun en el seno de su madre, sostiene al anciano que ha dejado sin apoyo la ingratitude, y acude al socorro de todas las enfermedades y de todos los dolores. La caridad, en fin, inspira todo género de sacrificios. Dirigiéndose al corazón de las mugeres... (¿y quién mejor que las mugeres podría comprenderla mejor?) funda aquellas compañías admirables á quienes da su propio nombre, y cuyos miembros consagran su vida entera al alivio de la miseria de la humanidad. La caridad envía á los mas remotos países á aquellos hombres, mas valientes que los soldados de Leonidas, los cuales sin temer la muerte casi segura, buscan en el seno de los bosques y bajo el techo de la cabaña del salvaje, á aquellos á quienes no llama bárbaros, sino hermanos, y á los cuales quieren elevar á la dignidad de su misma naturaleza.

Vámosla ejercitarse en un teatro menos vasto, y considerémosla en el individuo; reúne por sí todas las afecciones y todas las virtudes sociales. El amor, la amistad, el respeto filial, la ternura maternal, el amor á la patria, todos estos sentimientos vienen á confundirse con la caridad; mas vasta que todos ellos los absorbe, por decirlo así, sin extinguirlos por eso. La caridad, no se comueve solamente al aspecto de los sufrimientos físicos; los dolores morales escitan en ella una enérgica simpatía, y si tiene limosnas para el indigente, tiene consuelos para el afligido; si con una mano sabe restañar la sangre de un herido, puede con la otra enjugar las lágrimas que derrama el desgraciado. Tan atento á prevenir los males exteriores como los dolores que no se ven, evita lo que puede dañar á la reputación; corrige el amor propio, cuyas ocultas heridas son tan crueles; es ingeniosa cuando



La caridad.

bien de sus semejantes; no se contentó con prescribirles la beneficencia; los persuadió de que debían amarse mutuamente.

Si la caridad es tan elocuente, es porque se dirige á las principales potencias del alma, es

se propone sondar las llagas del alma, y las cura, sin que se sienta la mano delicada que las toca; tan cuidadosa en evitar las penas mas leves, como en aliviar las mas grandes infortunios, se abstiene de hacer todo aquello que puede herir inutilmente el corazón; sabe doblegar hábilmente, según los caracteres, evita chocar los sentimientos y las ideas de otro, y pone su lenguaje al alcance de todo el mundo. Humilde y modesta, afable y preventiva, su dulzura y amabilidad se insinúan en los corazones mas empedernidos, y dulcifican los caracteres mas indolentes; es conciliadora, se esfuerza en acercar á los hombres y en aplacar sus mútuas rencillas; por último, no teme oponerse al odio humano por conseguir el bien que se propone. Indulgente en el mal que puedan hacerla, no conserva por ello ni aun el resentimiento; inmoló generosamente sus derechos; la injusticia y la locura de los hombres excitó su compasión y no su cólera. Conviene citar con este motivo estas admirables palabras de San Pablo:

«La caridad es paciente, es dulce; la caridad no es envidiosa, ni temeraria, ni precipitada; no se infla de orgullo, no es ambiciosa; no busca sus propios intereses, no se irrita, no concibe malas sospechas, no se regocija con la injusticia, sino con la verdad; lo tolera todo, lo cree todo, lo espera todo y lo sufre todo...»

Si es verdad que la caridad es la mas excelente de todas las virtudes, y que las contiene todas, si es cierto que su práctica tiene por consecuencia la conservación de la sociedad, la mejora individual y la felicidad del género humano, si es indudable que tiene tanto ascendiente sobre los corazones, y que debe al cristianismo la prodigiosa rapidez de sus conquistas, ¿de dónde procede, pues, que los hombres, que tenían entre sus manos un tesoro tan precioso, han dejado que se disipe y se pierda? ¿En qué consiste que este huésped bienhechor haya desaparecido de la tierra? ¿qué hasta la lengua haya olvidado su nombre? ¿Por qué los hombres que han tomado á su cargo la tarea de instruirnos especialmente acerca de las verdades del cristianismo, son precisamente los que abiertamente reiegan de sus actos, y han llegado á ser para sus semejantes apóstoles de egoísmo, de intolerancia y de crueldad? ¿Por qué en vez de todas las virtudes que la caridad aconseja, tienen todos los vicios que condena? La caridad debía constituir la felicidad de las sociedades: Después de haber comenzado su obra ha desaparecido; los corazones la habían comprendido, y ha sido desterrada de todos los corazones. Debía destruir al egoísmo; si, ese azote de la humanidad, y ahora el egoísmo impera como señor sobre el género humano. La falta de luces es la causa primera y esencial de la decadencia en que ha caído la caridad. — La caridad, tan admirada y tan divina, no ha revelado al hombre su verdadero bien y los medios de llenarlo; he aquí por qué el hombre no los ha llenado, y he aquí por qué los ha olvidado.

Es muy triste tener que dirigir estas reconvencciones amargas á la mas sublime de las virtudes que puede alimentar el corazón del hombre; pero, ¿no nos vemos obligados á ello por la evidencia de los hechos? Que se consulte y que se nos diga, si los tiempos en que la caridad era la mas predicada y practicada, no fueron tambien los que se vieron publicar aquella multitud de mendigos hipócritas ó asesinos que invadieron la mayor parte de Europa.

¿Qué deducir de todo lo que hemos dicho? ¿Deberemos aconsejar que se destierre la caridad de nuestros corazones? Estamos muy lejos de pensar de esa manera. Colocados en una época algo ilustrada, en la que podemos apreciar las causas que han obrado sobre la caridad para destruirla y corromper sus mas preciosos frutos, en la que podemos apreciar las ventajas de esta virtud, guiada y preservada de sus propios excesos por las luces de la razón, todos nuestros esfuerzos deben tender á evitar las influencias perniciosas en que la han hecho degenerar el misticismo y la ignorancia; á rodearla de los preservativos y de los auxiliares que necesita para que sea duradera y bienhechora. Es necesario que los preceptos de una filosofía vasta y aplicable demuestran á los hombres cual es su verdadero bien y por qué medios deben encaminarse á él, enseñándoles al mismo tiempo á oponer un dique

á las invasiones de la ambición y de la codicia, á garantizarse de la opresión y de la injusticia, á colocar oportunamente sus beneficios, y á distinguir al desgraciado que sufre sin haber merecido sus males del holgazán que goza en medio de la miseria.

LA LONGEVIDAD DEL HOMBRE.

(Conclusion).

Tratándose ahora de los diferentes temperamentos, los sanguíneos y biliosos son los que alcanzan una edad mas subida, y la mezcla de ambos temperamentos envuelven el tipo que promete la vida mas prolongada, pues en este caso la talla será medianamente grande, el cuerpo algo lleno de carnes, los miembros robustos y ágiles, pecho ancho y corazón desarrollado. Los temperamentos nerviosos dan á la vida demasiada intensidad para que sea de larga duración, pues, todo va con una precipitación tan estrafalaria que es imposible una existencia duradera. La exuberancia de jugo, la falta de energía, esplican la prolongada vida de las personas de temperamento linfático. Hay familias que tienen una disposición preferente en su constitucion para la larga vida, citándose entre otros ejemplos de longevidad hereditaria á la mencionada familia de Parre, de la cual el nieto establecido en Cortie, no murió hasta la edad de 103 años, mientras que las generaciones anteriores alcanzaron de 112 á 124 años. Sabido es tambien que personas de complexion débil, y que por consiguiente se temia constantemente por su existencia, llegaron, á fuerza de un esmerado cuidado, á una edad bastante avanzada.

Las instituciones públicas, y la actividad social no dejan de influir tambien sobre la prolongación de la vida. ¿No hubo un gran número de romanos y griegos que debieron su larga vida á la rigidez de las antiguas costumbres? Los muy parcos y morigerados germanos, los cuales, segun nos dice Tácito, no contraerán matrimonio hasta pasados los veinte y seis años, y que en la guerra desplegaron una superioridad física tan grande, rayaron casi todos á una edad muy respetable. Si se compara la niñez de las naciones con su apogeo de perfeccion social, habia que convenir que tan luego como el hombre se ha constituido en una vida en demasia regalada, adhiriéndose a cuanto da de sí el lujo, se abrevia extraordinariamente su existencia. Esta observacion no autoriza empero de manera alguna á deducir, como lo hicieron algunos, que el estado salvaje del hombre favorece su longevidad. Esta vida irregular espone al hombre á penalidades y peligros para buscar su subsistencia, en demasia grandes y multiplicados, y sujetándole á miserias sin cuento, atrae su temprana muerte. Ambos extremos acortan por consiguiente la vida, y el grado medio de la civilizacion, es el elemento mas conforme para dilatarla.

Las personas de mayor edad se hallan ordinariamente entre las mujeres. Las penalidades inherentes á la masculinidad, los vaivenes de la edad critica, arrebatan indudablemente muchas victimas, pero una vez que pasa tamaña época, tras en paz de sí la perseverancia y el sufrimiento imperturbable de la mujer, una inmediata dilacion de su vida, aventajando así con mucho, la del hombre. Segun cálculo exacto que fija la existencia media de cada sexo en particular, hace averiguado que á favor de las mujeres resultan cuatro años con ocho y tres cuartos dias. Todos los sabios están de acuerdo, respecto á esta duracion mayor; sin embargo, pretenden algunos, tal como Buffon y Buffonni, que la debilidad de la constitucion femenina, permite solo muy raras veces que la mujer alcance la edad á que puede llegar el hombre. Otros por el contrario, niegan la aseveracion por la inversa; porque aun prescindiendo de los notables ejemplos de la larga existencia de algunas mujeres célebres, tal como una Yorcuna, esposa de Occron, la cual á pesar de circunstancias desfavorables en extremo vivió 130 años; Lucia, consorte de Augusto, que contó 90 años, y así un gran número de mujeres que tanto en tiempos antiguos

como modernos, se hicieron muy viejas, creen los partidarios de esta opinion deber apoyarla. Tal era su opinion sobre los resultados de las investigaciones practicadas por el señor de *Mourgues de Montradon*, las cuales ponen de manifiesto, que entre las edades de 70 á 80 años se encuentran mayor número de mujeres que hombres, que entre los 80 á 90 años la proporción es doble, de 90 á 100 cuadrúplo, y mas allá se presenta la misma aun mucho mas favorable con respecto á la longevidad de las mujeres.

Entre las condiciones que mas especialmente influyen sobre la longevidad contamos; Primero, un nacimiento feliz, y verificado en tiempo normal, condicion principal para que se alcance una larga vida. Presupone desde luego padres robustos, y de una edad en que ya se ha efectuado el desarrollo físico por completo. Es constante que los hijos de padres en demasia jóvenes traen consigo al mundo una complexion endeble y raquítica, que hace de todo punto problemática la posibilidad del próximo robustecimiento, tanto que desde los primeros dias de existencia se nota en ellos el sello de la vejez; y niños en fin de nacimiento prematuro, mueren en su mayor parte muy luego. Segundo, la buena lactancia durante un año cuando menos. Tercero, la educacion física y moral, tan bien calculada que de ninguna manera y bajo ningún concepto se precipite su madurez, y que por el contrario sea muy progresivo el desenvolvimiento de los órganos que han de apoyarla. Cuarto, de los diferentes modos, ó sistemas de vivir, que influyen mas directamente sobre una existencia prolongada citaremos en primer lugar:

A. La sobriedad en comer y beber, y la conveniente eleccion de alimentos sanos, variándolos todo lo menos posible. Casi todos los casos de longevidad corresponden en efecto á personas que se distinguieron por su grande frugalidad, y que evitando el uso de las bebidas espirituosas, se atenan preferentemente al agua. Nadie casi ignora lo que aconteció con el célebre Cornaro. Hasta la edad de cuarenta años entregóse á todo género de excesos, contrayendo enfermedades de mucha gravedad, y viéndose ya, por decirlo así, con un pie en la sepultura, he aquí que se resuelve á cambiar completamente de régimen y vivió con la mayor sobriedad, reduciendo su alimento diario á doce onzas; logrando con este nuevo género de vida, no solo curarse de todos sus males, sino prolongar su vida hasta cien años, y aun á mucho mas, segun pretenden algunos. Queriendo hacer partícipes á sus semejantes de esta feliz experiencia, compuso á la edad de ochenta años un tratado sobre las ventajas de la sobriedad titulada: *Discorsi della vita sobria*.

B. Extraordinariamente contribuye para la prolongación de la existencia una vida corporalmente activa, como lo evidencia un sin número de ejemplos, pero este ejercicio ha de estar siempre en proporción justa con las fuerzas físicas del individuo, pues pocas son las personas que entregándose á trabajos en demasia forzados, alcanzan una edad avanzada. Sobre todo los que se ocupan del aire libre, tal como los hortelanos, jardineros, pastores, pescadores, etc. presentan ejemplos muy numerosos de longevidad. Es asombroso el grande número de individuos de los expresados oficios que existieron siempre en el hospicio de Ródre en cuyo establecimiento solo se admiten personas septuagenarias.

C. El elevado rango y la posicion muy acomodada no es siempre propicia para la prolongación de la vida humana. En la cronología de los emperadores y reyes se hallan muy pocos octogenarios. El grande Federico, Luis XIV, y algunos otros borbones hacen en esto cierta excepcion; entre los trescientos papas, que en su mayor parte han llegado en edad bastante avanzada al pontificado, solo se cuentan cuatro que han alcanzado ó excedido la edad de 80 años. Por el contrario citase un cúmulo de ejemplos de longevidad entre los eremitas y todas aquellas personas que retirándose del fausto del mundo, se han sometido á una vida austera y rigida. Entre los hombres consagrados á la filosofía (Epaminondas, Demócrito, Pitágoras, Canon, Platon, Bacon, Kant), á las ciencias (Kepler, Newton, Euler, Buffon, Monge), á la poesía y literatura

clásica (Anacreonte, Sófoeles, Fontenelle, Voltaire, Metastasio, etc., etc.), se encuentran muchos favorecidos por una larga vida, toda vez que con sus estudios supieron embellecer su existencia y llevaban un sistema de vida de bien entendida comodidad y holganza. Debemos sin embargo advertir que estos numerosos ejemplos de académicos, no envuelven, respecto á ellos, una autoridad decisiva. La mala salud de los sabios, que tan frecuentemente sucumben en la flor de su edad, permite á un número muy escaso alcanzar tantos años para ocupar la silla académica. Los profesores de la ciencia de curar, cuya profesión les sujeta á un estudio constante de la naturaleza y filosofía, y que el ejercicio práctico de su ciencia los constituye en la categoría de aquellos, que simultáneamente ponen en acción sus facultades intelectuales y físicas, deberían, pues, desde luego suponerse favorecidos por una prolongada existencia, si les fuese dado aplicarse á sí mismos aquella regla de moderación en los trabajos, aquella tranquilidad de alma que ellos prescriben, lo que empero apenas les es posible: de aquí que pocos médicos llegan á una edad algo avanzada; sin embargo, todos los que, como un Hipócrates, Galeno, Avenzoar, Ripome, Forestus, Plater, Hoffmann, Haller, Boerhaave, Van Swieten, etc., etc., arribaron á una existencia prolongada, deben este beneficio especialmente á la superioridad de la razón, á la fortaleza de alma que se han apropiado, habiéndose, como dice Hufeland, puesto á prueba su sensibilidad en los primeros años de su práctica.

D. El matrimonio, vínculo el más sagrado y dulce de la sociedad, si es feliz, contribuye poderosamente á la longevidad. Todos los ejemplos de larga existencia comprenden en efecto á personas, las cuales contrajeron matrimonio, entre ellas algunas que lo verificaron hasta diez veces. Es muy probable que el efecto feliz de este lazo estriba en gran parte en la ljeza que da á la existencia humana, sobre todo si los cónyuges observan como tales una vida discreta. Las personas solteras, á pesar de hallarse menos expuestas á peligros y contingencias, corren más peligro de ser arrebatadas por la muerte que los casados, y esto muy particularmente respecto al bello sexo. Sabido es, dice Deparcieux, que las mujeres que permanecen solteras mueren más prematuramente que los hombres solteros. La causa de este hecho no necesita explicación, pues consiste en la diferencia de costumbres que existe entre ambos sexos.

E. Las ideas tristes ó melancólicas que preocupan el ánimo, las ocupaciones de la propia naturaleza, el carácter abierto ó abismado, la incuria ó los cuidados, el desasosiego del temor ó la alegría del alma, prolongan ó abrevian la vida; porque para unos, cuya existencia se turba y acorta con el hastío, todo será amarguras, todo cuidados, mientras que por el contrario para otros que en la alegría, ó en la tranquilidad de su alma, hallan el principal secreto para una vida larga, todo es dicha, ó cuando menos una indiferencia feliz.

F. Las enfermedades por último interrumpen tan frecuentemente el curso ordinario de la vida que el hombre raras veces alcanza el término natural de su existencia; enseña sin embargo la experiencia que personas muy débiles, que por lo mismo tienen que sujetarse á un sistema de vida extraordinariamente parco, deben justamente su larga vida á la debilidad de la complexion. Sabido es también que la turbación del alma, y muy en particular la debilidad intelectual, producen no raras veces el mismo efecto ó resultado.

HISTORIA DE UN AHORCADO.

(Continuación.)

El relato de la guerra que nos amenazaba por todas partes, no había llegado á nuestros oídos; pues es evidente que cuando el amor embarga nuestros sentidos, se nos figura que entre los hombres no puede haber más que amor; pero un golpe inesperado nos hizo despertar de nuestro

dulce sueño. La patria se veía atacada por todas partes: todos corrían prurerosos á las armas para defenderla, y se hacían alistamientos de hombres, por lo que nuestra pequeña población tuvo también que suministrar el cupo que la correspondió en esta contribución y, como otros muchos, fui yo uno de los designados por la suerte para marchar al ejército.

Hay momentos de desesperación que son difíciles de pintar, señor Junker, y el día designado para mi partida, ese día en que debíamos separarnos quizás para siempre, fué horrible nuestra angustia y nuestra desesperación. La anciana Emmy, cuyos padecimientos á causa de la edad eran graves, tenía que su existencia se extinguiese antes de mi vuelta: Christel, anegada en lágrimas, temblaba porque creía que ya no volvería á verme.

—No te marches por Dios! me dijo al oír al tributarle su última caricia, al estampar en mis labios el último beso de despedida, ¡no vayas á entregarte á los horrores de la guerra!... ¡Hayamos juntos á otro país, sustraigámonos al pago de esa cruel contribución que tanta amargura nos produce!

—¡Huir! ¡y dejaremos abandonada á tu buena madre adoptiva? dije yo á Christel.

—¡Ah! ¡que ingrato y que egoísta soy, Dios mío! Pero yo estoy loca... Parte, parte, si; paga esa deuda que has contraído con la patria; pero no olvides que si tú mueres, un mismo golpe nos herirá y yo también moriré de pesar.

Ya en el regimiento, llegué bien pronto á ser un soldado ejemplar, porque creó que los buenos militares hacen las guerras más cortas. Dos años han pasado de esta suerte, y en este tiempo la enamorada Christel me escribía con mucha frecuencia. Yo llevaba sus cartas sobre mi corazón, y tal vez esta cosa me ha preservado de la muerte. De todos mis concejitos que habían salido al mismo tiempo que yo y que se habían conducido bizarramente á mi lado, no habíamos quedado más que dos en las diferentes veces que habíamos tenido choques con el enemigo, y con este motivo las cartas que recibía de Christel pintaban con colores muy vivos su desolación; la última que recibí decía: «El crespon negro que cubre el sombrero del padre de Constantino, y el traje de luto que viste la hermana de Frank, me anuncian dos nuevas desgracias entre las «camaradas»... ¡Ay, Elias! ¡ya no dudó de que á mí también me llegará mi vez!... Si, ¡es imposible que yo no tenga que cubrirme de luto!» Greedma, doctor, al leer esta desconsolada carta, hubiera dado cuanto el mundo encierra por poder volver á ver á Christel y por tranquilizarla: todo lo hubiera dado, si, menos mi honor de soldado que las luchas por la independencia de mi patria había hecho germinar en mi corazón; y la desgracia quiso que yo fuese escuchado.

La aldea en que nos encontramos y en la que con tanta abnegación ejercéis vuestra ciencia, estaba hace ocho días ocupada por los franceses. Vos lo sabéis mejor que yo: de repente la abandonaron las tropas, y sin que se haya podido adivinar la causa, hicieron avanzar dos regimientos sobre la población que habita Christel. El cuerpo de observación de que yo formaba parte fué designado para ir á su encuentro, y á marchas forzadas llegamos á un valle que me es bien conocido y al cual me conducían todos mis deseos.

—Que, interrumpió vivamente Junker, ¿sois vos uno de esos valientes que con tanta bizarría se han conducido en el último ataque?... ¡Honor á vos!... ¡A la memoria de los que tan gloriosamente han muerto!... ¡Eterno reconocimiento á los que han sobrevivido!

Y enagchado por el entusiasmo que producía en él esta narración, olvidando de qué manera se encontraba el recién venido en su casa, Junker había vuelto á tomar con una mano su vaso y con la otra ofreció á Elias aquel en que tan liberalmente se había servido el rom y que ya recordarán nuestros lectores había sido estrañamente rechazado.

—Me hacéis sufrir de una manera horrible, caballero!... ¡Me mataís! gritó Elias, rechazando con un movimiento convulsivo por la segunda vez el vaso que el doctor le ofrecía.

Después se volvió un poco para ocultar las lágrimas que arrasaban sus ojos.

—¡Que hoy, pues, Dios mío! se apresuró á decir Junker.

III.

Elias respondió:

—Sí, yo era uno de los que vinieron á ocupar el valle de Asfeld, pero no debo contarme entre los bravos que lo han defendido.

—¿Sois desertor? preguntó Junker con una ansiedad en la cual se podía traslucir sin embargo un acento de misericordia; porque como mas tarde ha escrito él mismo: «Los cobardes no son otra cosa, quizás, que unos enfermos.» ¿Desertor en el suelo que os ha visto nacer?

—No os apresuréis á juzgar mal de mí, dijo Elias, y en seguida continuó su relato con una viveza estraordinaria como si hubiera querido poner fin cuanto antes á esta penosa confidencia.

Las nueve de la noche acababan de dar en el reloj de Asfeld, y en aquel momento se me colocaba de centinela en los últimos límites de un pequeño bosque que, durante el día, había ocultado nuestra marcha y que se extendía á lo largo del valle. El sitio en que yo debía ir á hacer mi facción estaba apenas tres tiros de fusil del barrío del Este, y allí, sobre un ribazo cubierto de verdura donde Christel y yo íbamos muchas veces á soñar con nuestro venturoso porvenir, se encuentra la casita de Emmy; y ya podéis imagináros si yo devoraba con los ojos la sencilla morada en que había formado tantos y tan dulces proyectos. Todo mi ser se había trasladado allí, y mis labios enviaban á Christel mil palabras de dulces caricias. ¡Cuán poco tiempo hubiera sido necesario para ir á decirselas yo mismo!

Una luz brillaba en la habitación de la buena anciana, y como Christel me había escrito que las fuerzas de su madre adoptiva se extinguían día por día.

—Mi amada vela sin duda á la cabecera de la enferma, me dije á mí mismo. ¡Oh! ¡si supiera que estaba aquí... ó si mi deber no me detuviese!

Apenas había tenido tiempo para hacer estas reflexiones, cuando se dejó oír un ruido entre las maderas que se escuchan algunos pasos delante de mí, hacía el lado de la población.

—¿Quién vive? grité preparando el arma por temor de alguna sorpresa.

—No tires! me dijo al punto la voz conocida de un compañero de cama.

—¿Dónde vienes? le pregunté sin verle todavía.

—De Asfeld, me contestó... Me he escapado por un sendero que conozco, y acaba de dar un abrazo á mi padre.

—¡Avanza!

Para no ser visto se adelantó siempre oculto bajo los arbustos.

—¡Bien podía yo ahora hacerte castigo!

—¡Hacerme fusilar, Elias!

—Sí, hacerte fusilar, Meilen, respondí sirviéndome de sus mismas palabras, y fingiendo una severidad que estaba muy lejos de tener, porque me había ocurrido una idea.

—Pero una falta como la que yo he cometido se perdona fácilmente, cuando se tiene un corazón de camarada y de compatriota.

—Se perdona, sí... pero es cuando uno mismo la comete.

—¿Qué quieres decir?

—Silencio por silencio... falta por falta. No te levantes, por que podrían verte. Arrástrate hasta donde yo estoy... vas á ponerte en mi lugar... también yo tengo un beso que ir á recibir en la población.

—¿Estarás aquí antes que el cabo venga á re-levarte?

—Te doy mi palabra de honor de que antes de las doce me encontraré en el sitio en que te dejo.

—¿La consigna?

Se la di inmediatamente; después agazapándome á mi vez, tomé un sendero que yo conocía tan bien como Meilen, y cuando llegué cubierto de sudor, y palpitando de alegría á la puerta de la casa en que iba á hallar á Christel, las nueve y media sonaban en el reloj.

—¡Cinco cuartos de hora puedo estar aquí! exclamé llamando resueltamente á la puerta.

Al describirnos el momento de mi partida, he renunciado á contaros cual fué la desesperación

de Christel y la mía en aquella triste separación; y ahora tampoco encuentro palabras suficientemente expresivas para pintaros nuestra alegría en la hora en que volvimos á encontrarnos, y unidos en un tierno y prolongado abrazo nuestras lágrimas corrieron y se mezclaron en un copioso raudal.

La buena Emmy estaba en la cama, de la que rara vez salía, ya hacia un año; pero si la dicha pudiese devolver la salud y dar á los nervios debilitados por la edad las fuerzas que han perdido, creo que mi vuelta hubiese hecho este milagro. Sentado en el gran sillón de la anciana, colocado á la cabecera de su cama, con una mano entre las de Christel que se mantenía de pie mirándome como si sus ojos no se saciasen de verme, y apretando con la otra la de nuestra amiga enferma, hablábamos y callábamos alternativamente, poniendo toda nuestra alma en un solo y dulce sentimiento que nos era común, unidos, como los ángeles deben estar en la presencia de Dios, en un solo pensamiento, en una misma acción de gracias.

Quando yo llegué estaba servida la frugal cena de Christel, en presencia de la buena anciana, á quien el espectáculo de la vida llenaba de regocijo y que quería tener siempre presente á su sobrina, cuidadosa de que no dejase nuestras patriarcales costumbres.

—Puesto que Dios nos envía á nuestro prometido, dijo Emmy después de los primeros momentos de efusión, pónle un cubierto al lado del tuyo, Christel; que yo os tenga en mi presencia y que su vuelta sea una verdadera fiesta de bienvenida.

Lista y dichosa con ser obediente á los man-

datos de su madre adoptiva, Christel cumplió inmediatamente esta orden, y entonces contó mi situación y la sagrada obligación en que me hallaba de volver donde me llamaban mi deber, el honor de mi palabra y los inminentes peligros que amenazaban á nuestro reducido ejército. Vi palidecer á Christel, permanecer inmóvil y como herida por un rayo, y me fué preciso cogerla en mis brazos para que no cayese al suelo.

—Yo volveré, Christel, la dije abrazándola fuertemente como si hubiera querido ponernos á los dos bajo la mirada de la providencia.

—Suficientes viudas y suficientes madres que lloran hay ya en la población, dijo mi prometida con una voz entrecortada por los sollozos... ¿y te veo á mi lado?... ¿y quieres que te deje marchar?... no; ¡tú te quedarás por que no quiero que mueras!

—Ni yo tampoco, Elias, dijo la anciana procurando sonreírse, y si yo veo un instante solo á nuestro querido recién venido sentado en esa mesa, me parece que Dios nos mirará con misericordia y que no querrá separar un matrimonio tan dulce.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

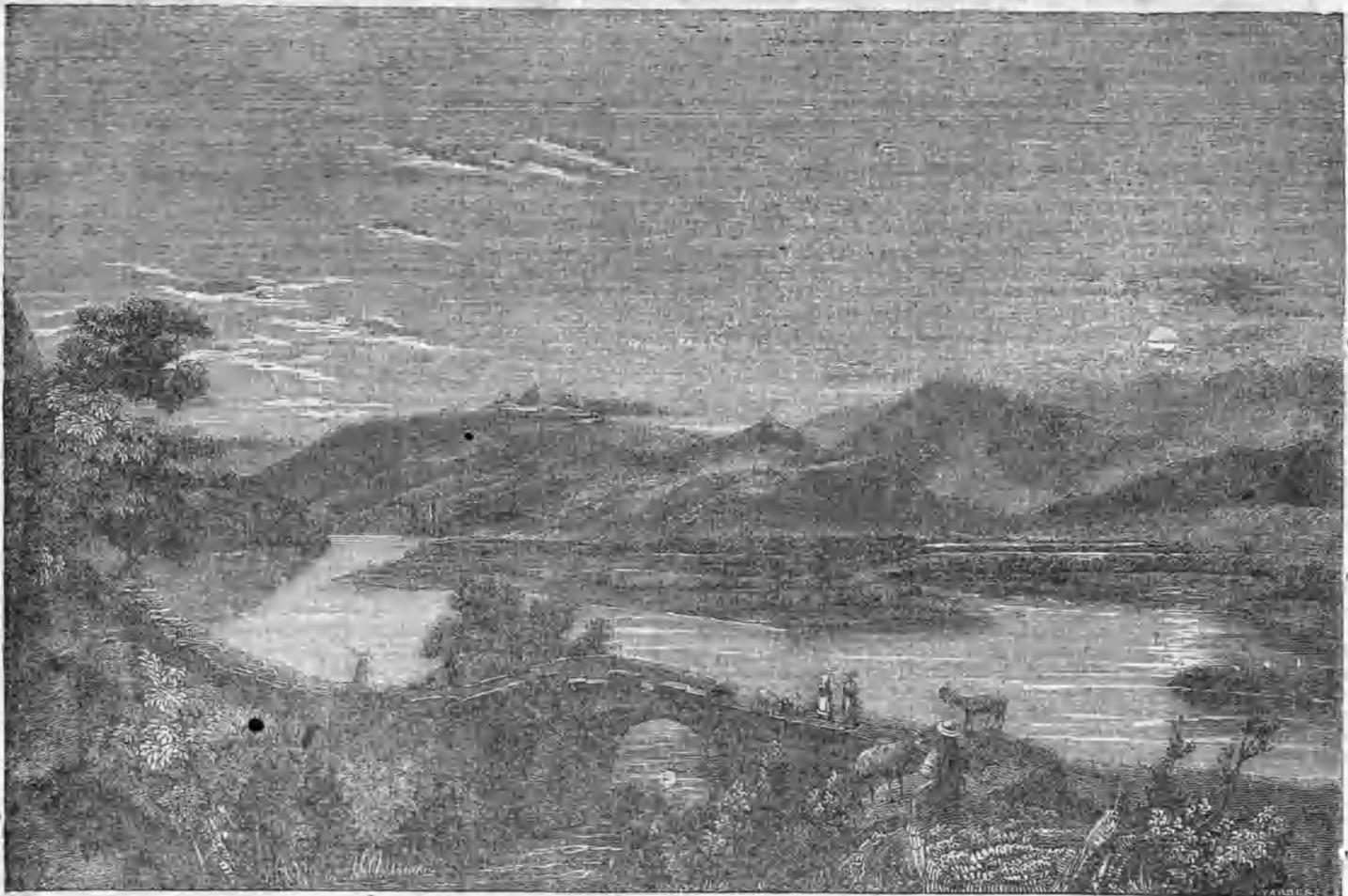
EL ENCUENTRO DE LOS COCHES. Un caballero había prestado á otro mil duros y se encontró con su acreedor en un camino llano y hermoso:

ambos coches iban á buen paso y al emparejar en la carrera sacó la cabeza el deudor y gritó al otro: Amigo, *mil pertones*; y éste le replicó también á gritos: Amigo mío, *mil duros*.

OTRO. Llevó el secretario de un joven rico, pero sumamente ignorante, una carta para firmar: *¿Qué garabatos son estos, preguntó el señorito, que hay entre los renglones?* —Eso, señor, dijo el secretario, *son rayas de los paréntesis*.— A lo que el señorito contestó furioso: *Ya os he dicho que no quiero trato ni correspondencia con mis parientes, pues todos han destruido mi hacienda y mi casa; y rompió la carta.*

EL BARRO DE MADRID tiene dos propiedades: mancha de negro las medias blancas de las lindas madrileñas, y de blanco las negras.

CONFLUENCIA DE UN ARROYO CON EL ORONTE.—Mas abajo de Antioquia hay un arroyo de limpidas y cristalinas aguas, que desemboca en el río Oronte, tan célebre en los cantos de la antigüedad. ¡Qué espectáculo tan magnífico presenta este río, cuyas aguas se pasean con magestad al través de selvas de mirtos, abetos y laureles! Al dejar las inmensas peñas cercanas á Snadeah, llegase á la falda del monte Amano, del que se escapa el arroyuelo, yendo á unir sus aguas con las del Oronte. Hacia la izquierda elevase una montaña, llamado la Columna, y en su cumbre se hallan restos de un suntuoso templo, y de un antiguo convento dedicado á San Simón Stilites, hijo de un pastor, y pastor también el mismo hasta la edad de trece años. San



El valle del Oronte.

Simón pasó en vida en las montañas cercanas al Oronte, al abrigo de las cuevas, donde permanecía largas semanas en ayuno.

El valle entero de Oronte es bellissimo, y á no ser por la desidia de los orientales, el suelo ahora inculto, sería tan fértil y productivo como en los antiguos tiempos. En todas partes se ven rebaños conducidos por pastores jóvenes, que

sentados á las orillas del río, ó debajo de las umbrosas ramas de los laureles, gozan de un espectáculo digno de rivalizar con los deliciosos campos y bosquecillos de la poética Arcadia: en todos sus puntos despléganse las mas halagüeñas vistas, en que se mezclan los bosquecillos, jardines, montañas y selvas de naranjos. En fin, el puente de piedra de un solo ojo que hay en el

arroyo tributario del Oronte, es antiquísimo, si hemos de creer las tradiciones locales y los asertos de los historiadores.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8